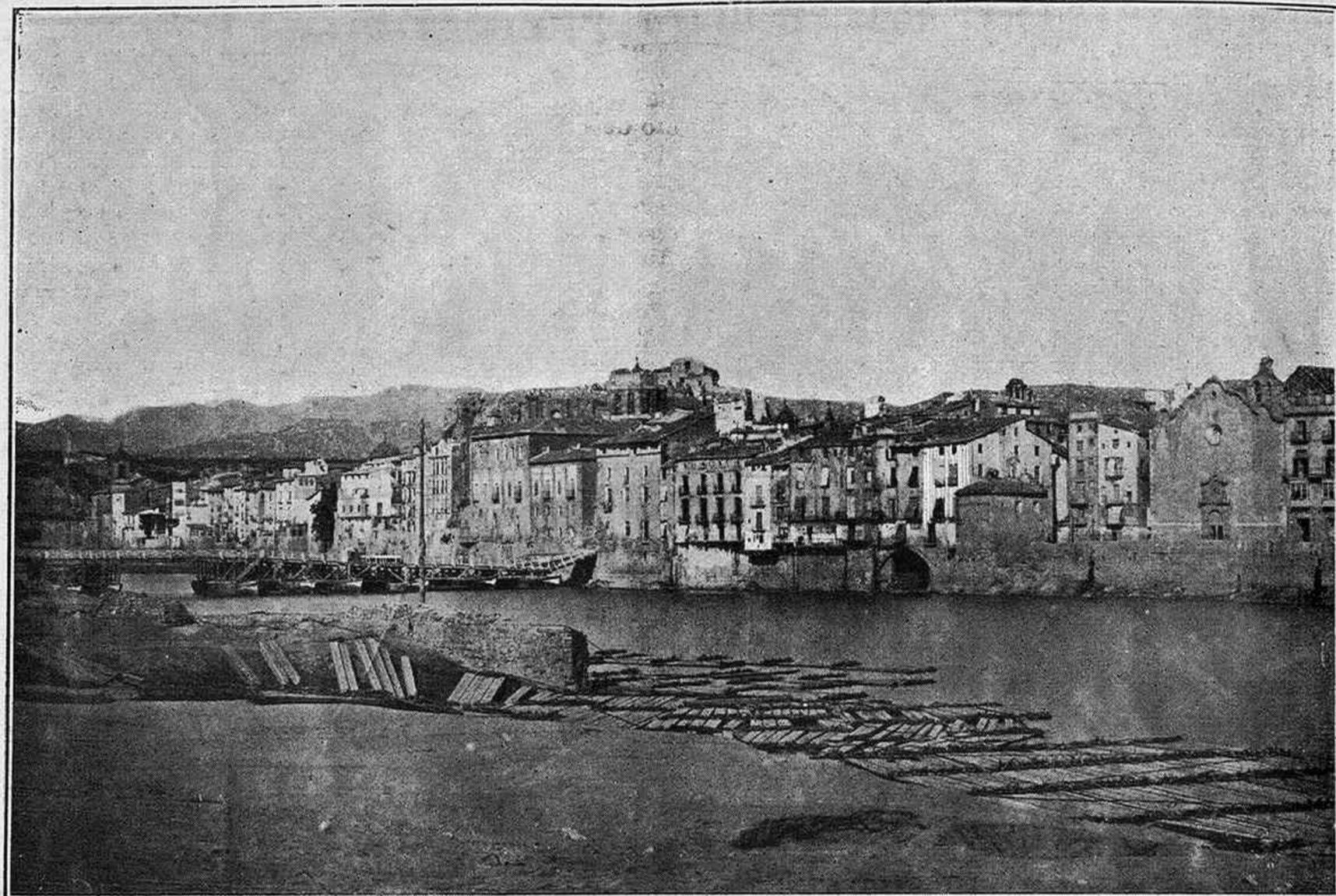
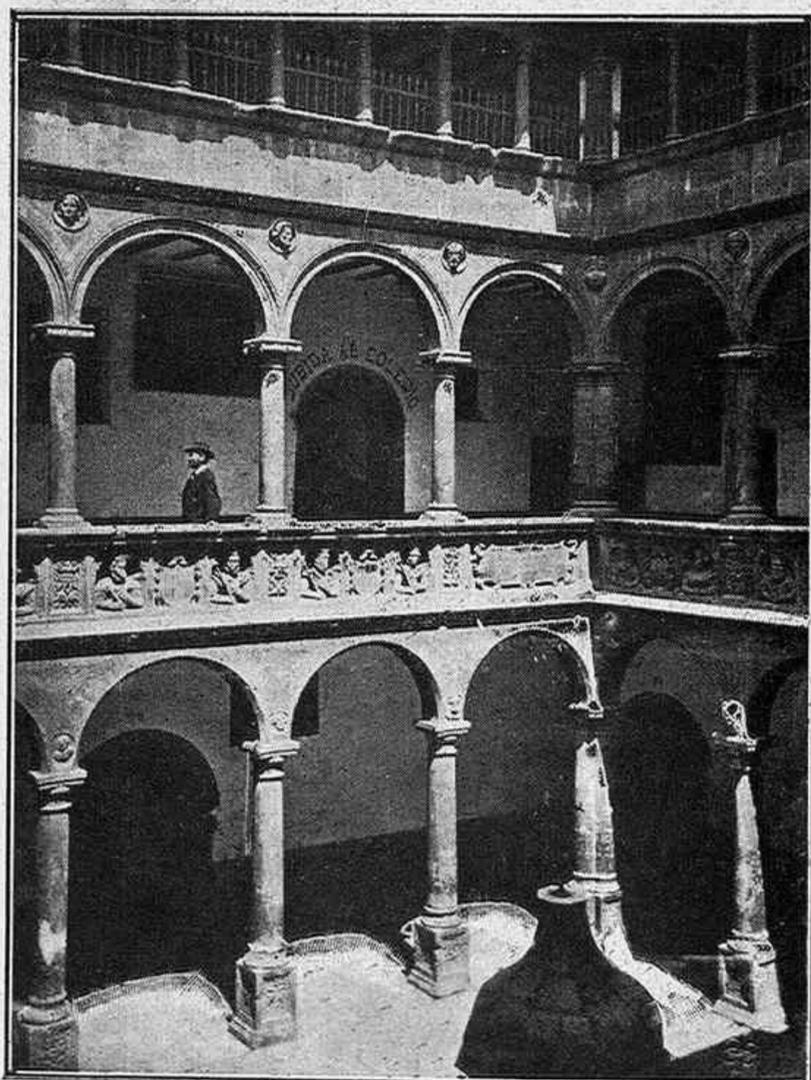




BIBLIOTECA
MADRID



VISTA GENERAL DE TORTOSA.



PATIO DEL INSTITUTO.

EL día 22 de enero de 1745 reinaba inusitada animación entre la gente amarilla de la capital de la provincia de Ton-Kin, entonces perteneciente al Celeste Imperio. Era aquellos tiempos la China algo así como un país fabuloso del que sólo se tenían vagas y escasas noticias, aportadas á Europa por algún fraile escuálido, maltrecho, achacoso que, merced á un milagro de la omnipotencia divina, había conseguido salir con vida de manos de los sectarios de Fo-lú y de Confucio; Inglaterra y Francia no soñaban siquiera aún en combinar sus esfuerzos para rasgar el velo del misterio en que se envolvían los adoradores de Ormutz y Ariman, y de consiguiente estaba por dar el primer paso de los necesarios para que el antiquísimo imperio entrase en contacto con los pueblos civilizados.

Sólo una clase de hombres, animosos, inteligentes, humildes tanto como resueltos, sin aspiraciones terrenas, con la mirada fija en el cielo y el corazón henchido de amor á la Humanidad, en cada uno de cuyos individuos veían un hermano, por la salvación del cual estaban dispuestos á hacer desinteresadamente toda suerte de sacrificios; sólo los misioneros, en fin, arrostraban penalidades y peligros para ir á pasarlos aún mayores, á trueque de hacer penetrar en algunos espíritus la luz del Evangelio.

Pues bien, uno de estos santos varones, de heroísmo por nadie ni nunca superado, debía sufrir cruel muerte el día más arriba consignado, y esto era lo que llenaba de gozo y tenía agitada á la bárbara población tonkinesa, en la que no faltaban individuos que pusieran en duda la realización del salvaje hecho, bien que ninguno fuese bastante compasivo para condenarlo ó siquiera para lamentar que se llevase á cabo.

Las dudas y recelos de los individuos en cuestión

estaban justificados por los antecedentes del caso, que con la brevedad que las condiciones de estos artículos imponen, pasamos á reseñar.

Digamos ante todo que la presunta víctima del fanatismo chino era un hombre en la plenitud de su edad, pues á punto se hallaba de cumplir los cuarenta años: era un insigne hijo de Tortosa, llamado don Francisco Gil de Federich, nacido del matrimonio de don Antonio y doña Inés Sans, en 1705. Desde niño mostró Francisco invencible vocación al sacerdocio y, como ésta distó mucho de ser contrariada por sus padres, que con ningún obstáculo habían de luchar para complacer al fruto de su unión, éste vió satisfechos sus deseos y consiguió profesar en el convento de Santa Catalina, de la ciudad condal. Prueba su vocación irresistible y lo ardiente de su celo, el hecho de que desde luego pensó en consagrarse á la predicación de la doctrina cristiana, no con la relativa comodidad con que hubiera podido realizarlo en su patria, sino arrojando las molestias, los sinsabores y los riesgos que presentaba y aún presenta tan meritoria ocupación en los países infieles. Y, como amante de su país, dió la preferencia á una colonia de éste, pidiendo y logrando ser enviado á Filipinas, donde empezó su tarea evangélica, cuando apenas contaba veinticinco años, organizando las misiones de Pangaiman y dejando edificados á católicos é infieles con su ejemplar conducta.

Pero aquella noble alma no se satisfacía con triunfos fáciles, y tales hubieron de parecerle los allí conseguidos, de suerte que, al cabo de un lustro, ansioso de acometer más arduas y meritorias empresas, pasó al Ton-Kin, donde, expuesto constantemente á los mayores peligros, pasó dos años evangelizando á los naturales con tan buen resultado que hubo de llamar la atención de las recelosas autoridades chinas y de excitar las iras de los infieles fanáticos. Estos, al fin, se apoderaron del misionero y en 3 de Agosto de 1737 lo llevaron al mandarín de la provincia, exigiendo su castigo.

No por fortuna, sino más bien por desgracia del Padre Francisco Gil de Federich, no creyó oportuno de



PUENTE SOBRE EL EBRO.

Fotogs. de J. Laurent y C.^{sa}

momento, el mandarín, satisfacer los deseos de la brutal plebe dando muerte al prisionero ó acaso, más cruel que sus subordinados, estimó este suplicio harto rápido y benigno y quiso agravarlo de un modo inaudito. Sea de ello lo que fuere, que en cuestión de intenciones es difícil y arriesgado hacer hipótesis, es el caso que el mártir, encerrado en obscura mazmorra, hubo de pasar no menos de siete años atado con cadenas á un pilar de piedra y experimentando privaciones y tormentos de tal índole que, comparada con ellos, la muerte debía resultar deseada y apetecible. Todo lo sufrió con santa resignación el Padre Francisco Gil, quien acaso llegó á creer, en vista del gran lapso de tiempo transcurrido, que sus enemigos se habían olvidado de él.

No fué así, sin embargo: tal vez hubo presión de fuera, por parte del cruel é insaciable populacho; tal vez el mandarín estimó que su víctima había purgado ya bastante con siete años de martirios incesantes el enorme crimen de predicar el Evangelio, é, incapaz de perdonar, juzgó oportuno concluir. Una ú otra de ambas causas, acaso las dos juntas, dieron por resultado que el día 22 de Enero de 1745, á las cuatro de la tarde, pereciese degollado el santo misionero, desvaneciendo así los temores que abrigaban los fanáticos, en vista de lo mucho que se había demorado la ejecución.

En Tortosa existe la casa solariega del Padre Francisco Gil de Federich y ella constituye, sin duda, edificio más digno de llamar la atención que otros muchos, notables desde el punto de vista artístico, pero que no recuerdan heroísmo y virtudes como las que ostentó el apostólico misionero degollado en el Ton-Kin.

EDUARDO BLASCO

+ BALDOMERO GALOFRE

No parece sino que este año la muerte se ha propuesto segar en el campo de las eminencias catalanas, no bastando, por lo visto, á su insaciable voracidad al tributo, harto crecido, que le rinden las vulgaridades.

A los nombres ilustres de Robert, Masriera y Verdaguer, hay que añadir el del genial pintor que en lo mejor de su vida y cuando tanto podía esperarse de su actividad y talento, nos ha abandonado para siempre.

Ante tamañas desgracias, no hay más remedio que inclinar la cabeza, aceptar con resignación la inesperada sentencia que pesa sobre todos nosotros, desde el día en que nacemos, y rezar por los que, más dichosos acaso, son llamados anticipadamente á cumplirla.

Era Galofre, uno de los artistas de mayor salida en los grandes mercados del extranjero: Berlín, Roma, París, Munich, Viena, Bruselas, Praga, Mónaco, etcétera; sus obras fueron premiadas en diferentes exposiciones internacionales y compradas en ellas, á precios inverosímiles.

Embargada en la actualidad su inteligencia por un proyecto colosal que no se le había ocurrido á



ESCULTURA DE JOSÉ V. FERRER.

amigo cariñoso; haciendo fervientes votos porque el Señor le haya acogido en la morada santa y conceda á su desconsolada viuda la resignación cristiana de que tanto hemos menester todos, en estos terribles momentos de prueba.

ningún otro artista, estaba haciendo gran acopio de originales, bellísimos como suyos y tomados del natural, en sus viajes por todas las regiones del país, para exponerlos juntos, en los centros citados y también en los de América. Quería que España fuese conocida en ambos continentes, tal cual es, no por encima ni sofisticada.

¿Qué podríamos añadir respecto al malogrado Baldomero Galofre, que no haya dicho y repetido en todos los sublimes tonos del entusiasmo, la prensa cosmopolita, con la firma de los críticos más eminentes? Alarde necio sería el nuestro, si pretendiéramos expresar con mayor autoridad el cúmulo de elogios que el mundo artístico le ha tributado en letras de molde.

Deponemos, por ende nuestra pluma, harto humilde para realzar grandezas, y nos limitamos á llorar la pérdida de Galofre, como artista eminente y como



UN BOULEVARD — Cuadro de J. SOROLLA BASTIDA.



OFELIA — Cuadro de T. MUÑOZ LUCENA.

LAS ALMAS PARTIDAS

Todo cansa en este pícaro mundo ¡hasta lo más buenol y parece que lo mismo sucede en el otro. Sólo así se comprende que en el Cielo, en aquella mansión incomparable, hubiese un grupo de almas algo aburridas.

Durante su permanencia en este planeta, se habían divertido de lo lindo, estando en constante movimiento, organizando bailes, corridas de toros, conciertos, bazares é infinidad de diversiones con objetos piadosos, y como el fin justifica los medios, habían logrado alcanzar la gloria eterna, por más que aquel *sui generis* de ejercer la caridad, produjera rencillas, envidias y un sin fin de disgustos.

Aposentadas ya en la celestial mansión, extasiábanse, admirando la paz, el sosiego, la bienaventuranza allí reinantes, á que las pobres no esta-



ban acostumbradas.

Algunas veces, sentadas con indolencia sobre una nube, vagaban horas y horas contemplando absortas la obra maravillosa de la creación.

Miríadas de astros giraban por el espacio infinito, en donde el globo terráqueo era sólo como imperceptible grano de arena. Aquel grandioso espectáculo las entretuvo por algún tiempo; pero, como siempre era igual, llegaron á aburrirse, y ya encontraban mayor placer en cualquiera tontería; como sucede á los niños que tienen magníficos juguetes y no les hacen caso, prefiriendo jugar con barro.

Aquellas bulliciosas almas necesitaban distracciones variadas, alborotar, enredar, algo parecido á lo que hacían en la tierra, y cada día inventaban una nueva travesura que desesperaba á los santos graves y forma-

lotes, divirtiéndose, en cambio, á las santas y á los angelitos. Desafinaban los instrumentos, y cuando los serafines alados iban á tocar algún himno, era cosa de echar á correr, pues más que coro angélico, semejaba mala murga de algún villorrio.

Otras veces, escondían á San Pedro las llaves del cielo y, cuando llegaba algún encumbrado personaje, no podía abrirsele la puerta; y eso que en larga fila esperaban santas y santos y toda la corte celestial, para celebrar una gran fiesta: no porque en el cielo se

hagan distinciones con los personajes, sino por lo raro del suceso.

En estas y otras cosas parecidas, traían siempre en jaque á todos, y ya algún santo de los más influyentes iba á tratar de ponerlas un correctivo, cuando de pronto cesaron en sus travesuras, observándose no más que todas las tardes, con grandes anteojos, dirigían sus miradas hacia la tierra.

Unas se reían, otras lloraban, y así se pasaban horas y más horas.

¿A quién miraban? ¿Qué era lo que observaban con tanto interés? A fuerza de ruegos confesaron su nueva y trascendental travesura.

De las almas destinadas á la tierra, habían dividido muchísimas, mezclándolas con las enteras. A los seres

que tenían media alma, se les conocía en seguida; llevaban impreso en su semblante un sello de tristeza tal, que les hacía distinguirse del resto de los mortales.

Rara vez se encontraban los que completaban un alma, y por lo común, en muy desfavorables circunstancias.

Ya era un sacerdote que tenía media alma de una *cantaora*; una monja con media alma de un torero; el abuelo con el nieto, y así, lo más extravagante del mundo.

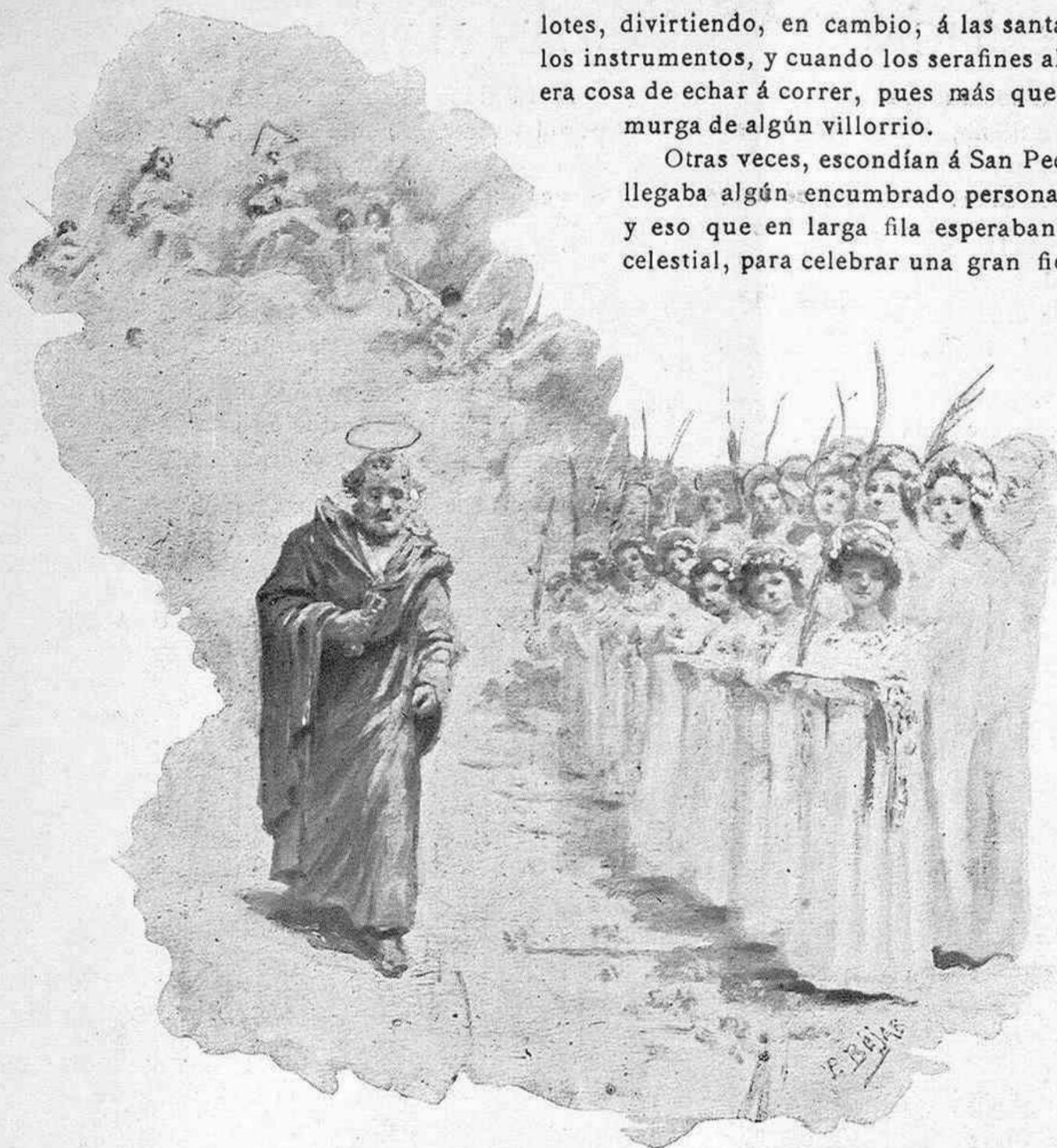
Cuando, por rara casualidad, se encontraban las dos mitades en personas de distinto sexo y podían unirse, se producía un amor tan vehemente, tan intenso, tan lleno de dulzura, que las almas que desde el cielo contemplaban tanta dicha, hubieran cambiado la celestial mansión, por tal de disfrutar de aquellos inefables placeres.

En cambio, cuando dos que tenían la misma alma se amaban, se comprendían, y algún obstáculo invencible impedía fuesen el uno del otro; sufrían tanto, era tan grande su desconsuelo, al perder la felicidad en el preciso momento de tropezar con ella, que á las traviesas y revoltosas almas ya les pesaba lo que habían hecho, viendo la desesperación en que sumían á los pobres mortales.

Al cabo de algún tiempo, se cansaron también de observar á los seres que tenían media alma; pero habían partido tantas, que ya las habrá así hasta el fin del mundo.

PILAR FONTANILLES DE BÉJAR

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



ARISTOCRÁTICA

Sonámbula ducal: en ti se aduna,
con la gentil modelación filena,
la palidez olímpica y serena
de un rayo nacarino de la luna.

Tú serías un cisne en la laguna
y en Arabia una lánguida agarena:
¡Oh, fiel transcurso de la musa helena
que Fideas coronó como á ninguna.

Me seduce tu clásica elegancia,
plinto de tu silueta, donde escancia
el Arte sus bellezas más divinas;

Y es tu boca, descrita por mi anhelo,
un estuche de rojo terciopelo
pletórico de perlas ormutzinas.

Buenos Aires.

LAS MARIPOSAS

En fúlgidos enjambres aletean,
por el sereno ambiente seducidas,
como un alud de encantadoras vidas
que con florales mieles se marean.

Los vernaes crepúsculos recrean,
y, de la flor en el capuz mecidas,
parecen otras flores conmovidas
que de los tallos escapar desean.

Del mismo modo que á la mente humana
puebla un instante la ilusión galana,
viven ellas jugando en el espacio;

Para morir con rapidez sombría,
como muere la loca fantasía:
¡gran mariposa de color topacio!

José LÓPEZ DE MATURANA



SON los más en boga en este tiempo.

Las flores se cotizan baratas, y ellas constituyen el adorno más fresco conocido.

¿Existe nada más vistoso que una rosa situada en el turgente seno de una mujer bella? ¿Pues y las que se adhieren á una cabellera rubia ó negra?

¡Ay! felices florecillas esas que hallan colocación tan apreciable. Hay que envidiarlas.

En cambio, en las solapas de los varones deben hallarse tristes, porque no debe parecerles propio tal lugar.

Hay mozos que van por esas calles de Dios opriéndole una ramita con labios y dientes, como si chupasen un biberón.

Otros se colocan rosas tras las orejas y las lucen como los caballos sus escarapelas.

Las andaluzas tienen pasión por las flores y se adornan con ellas profusamente la cabeza.

Por eso un gitano malagueño más pobre que Job, le decía en cierta ocasión á un su compadre:

—Miste, tío Hormigón, yo tengo, de mi propia, tre jardine má jermoço que er de Babilonia.

—Pero, camará, si oxté no tié casa ni ande guareserse, que sea sabio, ¿de ánde ha çacao esos jardines, y pa hasia aonde están situaos?

—Hombre, percure usté no arterá á las personas honrás, verbo en grasia. Ca uno tié lo que tiene, y como lo tiene, y ande lo tiene y por qué lo tiene. Y lo que usté ha oío ya está dicho, y es la pura.

—Desimule, tío Chapusero, pero, manque sea curiosiá, m'alegraría mucho ver esos jardines.

—Ezo é cosa fásil, compañeriyo; jabra osté las pupilas, que ayí s'asercan. Mistelos.

Y señalaba á su mujer, á su cuñada y á su suegra, que llevaban en las greñas casi tantas flores como manchas en los vestidos, y eran muchas las manchas.

Señoras muy apreciables conocemos que, durante el estío, para andar por casa, cuélganse de las orejas, á guisa de pendientes de coral, sendos racimos de cerezas.

Y también abundan los maridos golosones que acaban por comerse los tales pendientes.

Otras señoras colócanse en las sienes ciertos adornos, al parecer, exóticos, los cuales consisten en las extremidades de pepinos ó de calabazas, remedio que, según ellas, cura la jaqueca. Aquellas cabezas semejan á esos cajones de ciertos muebles con dos asas.

No es extraño que al verlas así en la calle, alguna comadre de su vecindad las pare y las increpe:

— Escuche usted, señá Virtudes, ¿sabe usted, por casualidad, si ha perdido el juicio?

— ¡Ave María! ¡Qué manera de ojetarla á una, sin meterse una con nadie, como si una fuese una cualquiera. Señá Sinfoniana, yo soy toda una señora, ¿estamos? Y no soy de las que pierden el juicio ni ninguna otra cosa, ¿sabe usted? Y soy honrá como la que más, y además soy la esposa de un hombre que no deja que me falten ni tanto así...

— Sea usted de quien quiera, que eso no hace al caso, yo opino, con el debido respeto, que no es cosa de personas que *tién* el juicio cabal lanzarse á la vía pública, como quien dice, con medio pepino á cada *lao* de la frente.

— *Pué* ser que prohiban eso las ordenanzas municipales...

— ¡Ay, hija! No será eso *talmente* *custión* del Municipio, pero tal vez *afex*te al reglamento de toros.



Muchos niños coleccionan huesos de albaricoques con los que *fabrican* pitos y collares. A veces se apedrean también con ellos, y les sirven de proyectiles.

Otros hacen cantimploras y cascos guerreros con las calabazas.

Otros se adornan el cutis con pieles de tomates, y están preciosísimos.

Caballeros de todas las clases sociales cubren su cuero cabelludo con sombreritos de paja.

Algunos de ellos, excesivamente nerviosos, hasta los muerden.

Los salvajes, según cuentan los grandes viajeros, apenas si cubren sus carnes en todo tiempo con otra cosa que con ciertos vegetales.

Son muy pocos ellos en el vestir.

Lástima grande que esos viajeros, cuando regresan de visitarlos, no empleen en Europa análoga indumentaria. Sería un gran consuelo; porque generalizada la moda, en la época de los grandes calores saldríamos por ahí que daría gusto

vernors, más frescos que una lechuga, con ternos de tela de cebolla ó de hojas de coles gigantes.

JULIO VICTOR TOMEY

Ilustraciones de GIRÓ.



FIEL

A LOS 5

Decía una niña á un niño
jugueteano y corriendo:
«escucha, Pepito, escucha,
has de saber que te *ti*ero
y te *ti*ero tanto... tanto...
mucho más que á mis muñecos.»

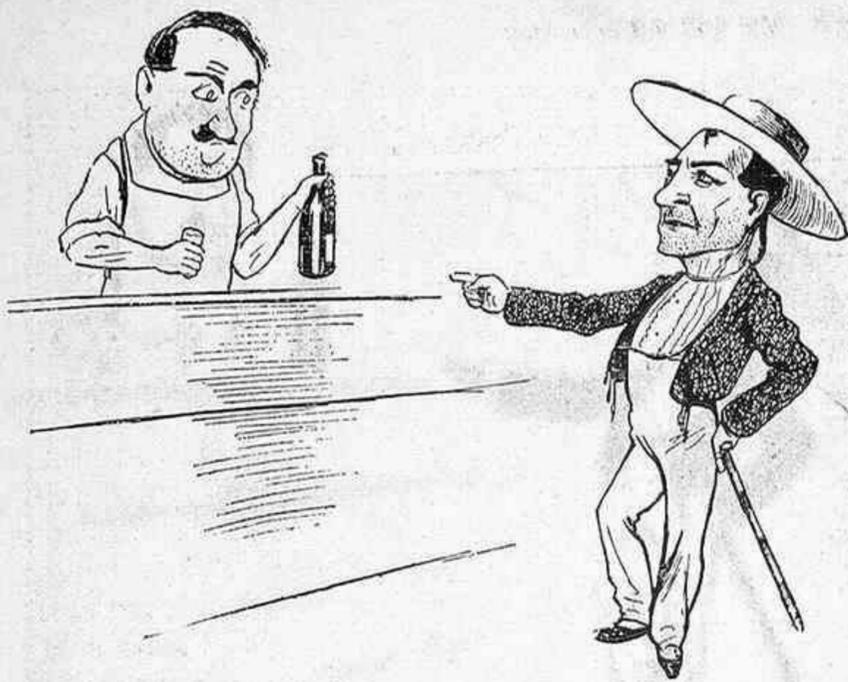
A LOS 15

Cuando luego mayorcita
con su Pepito bailaba,
decíale muy quedito
casi hablando con el alma:
«has de saber que te quiero
más que á mis joyas y galas.»

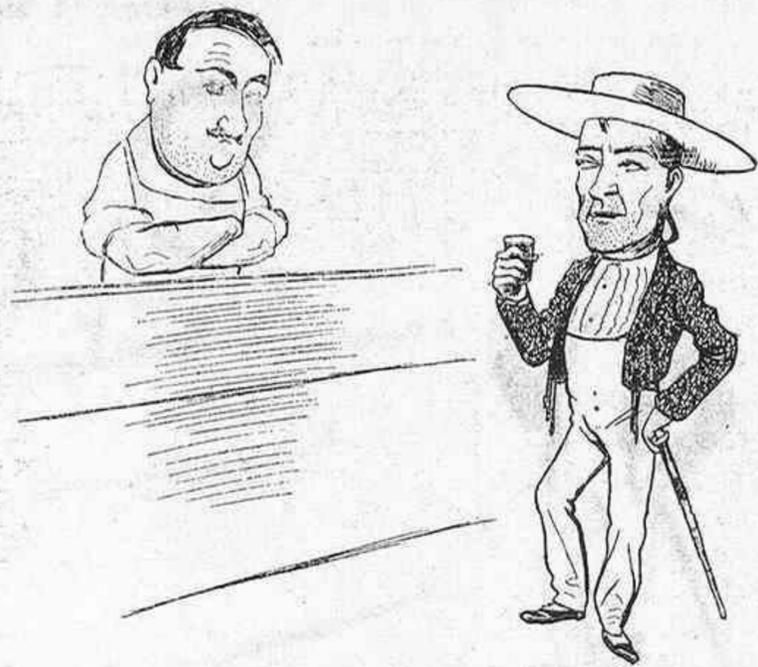
A LOS 25

Y cuando ya era mujer
y asomaban á su rostro
de la pasión amorosa
los enérgicos contornos...
«Has de saber que te quiero
más que á *todo* y sobre *todo*.»

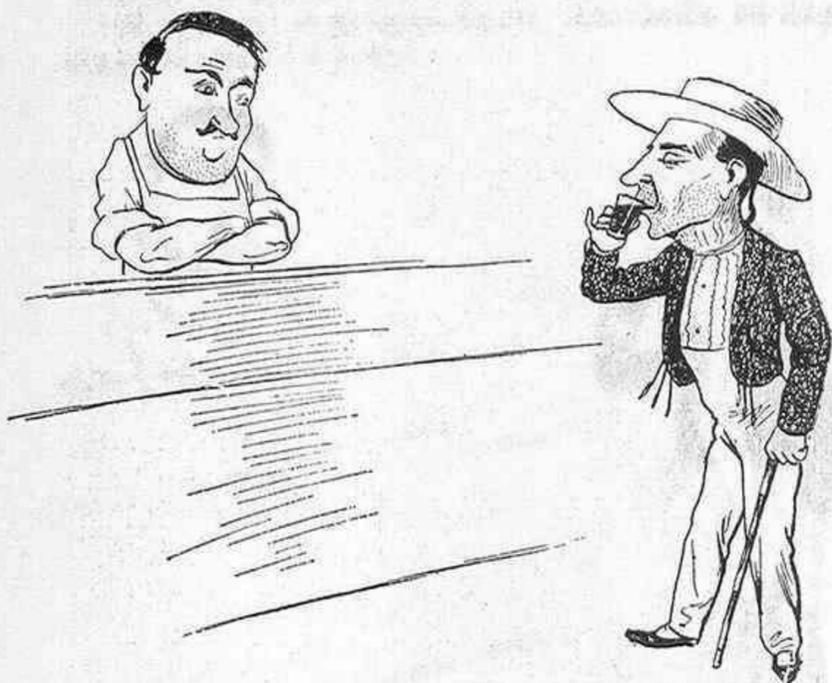
ELISA CASAS



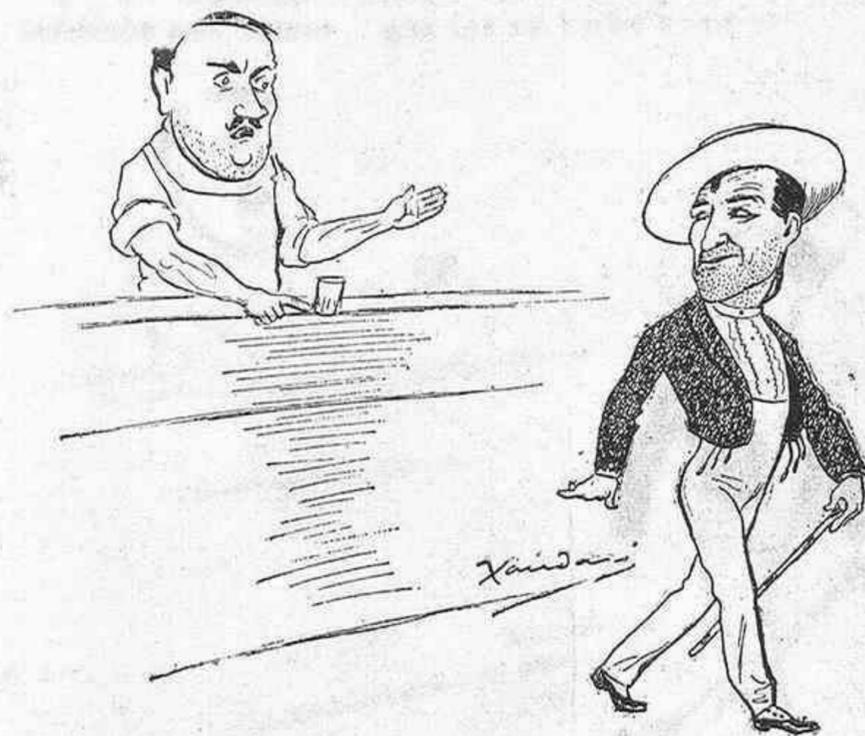
1.—*Jeché usted un cuarto é vino!*
 —*¿Qué tal corría, maestro?*
 —*Mú güena, el primer burel, berrendo en negro, ¡venga el cuarto é vino!*



2.—*Er segundo, colorao, con unos pieses, y una intinción que vamos... que era un bicho é cudiao!*

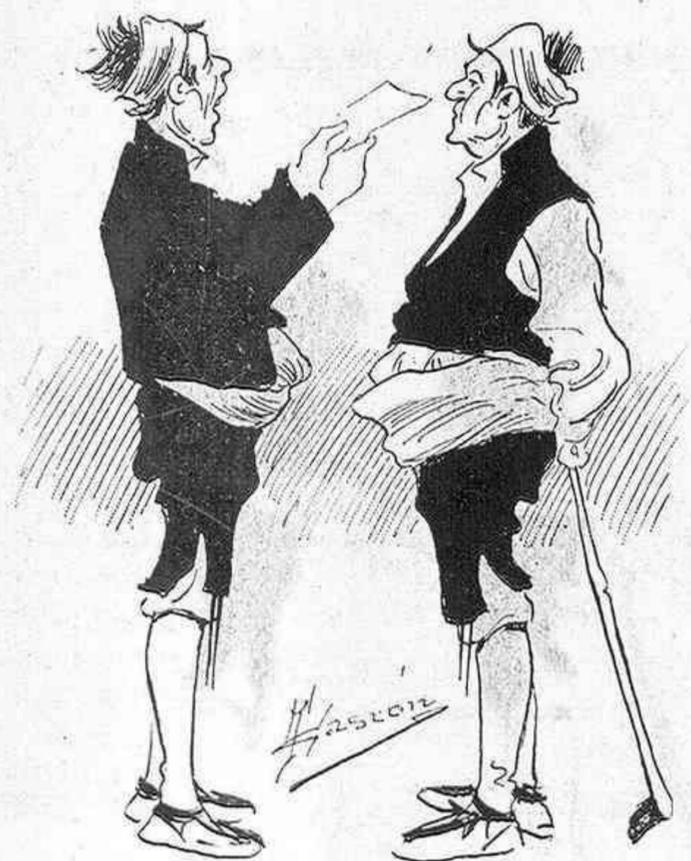


3.—*El tercero jabonero... ¡mú blando en el primer terciol! A su saludilla... y hasta otro.*

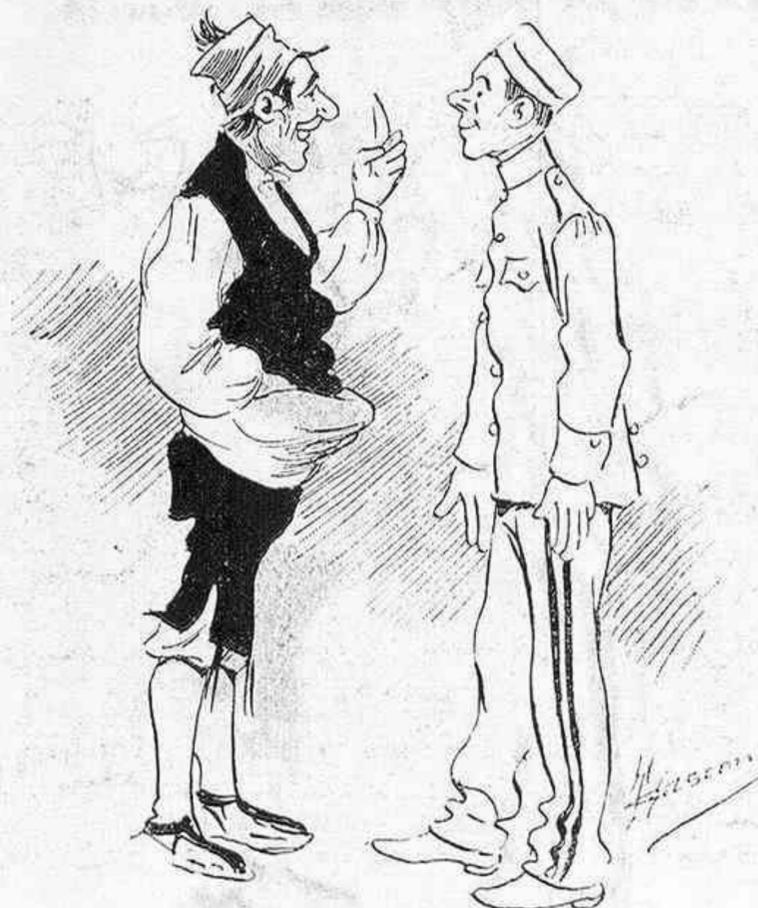


4.—*¡Ehl amigo ¿y el cuarto?*
 —*El cuarto... era negro retinto; ¡no valía la penal!*

CUENTOS BATURROS, por T. GASCÓN.



—*El chi me dice en esta carta que le compre un Dicionario. ¿Tú sabes lo que es eso?*
 —*Sí, hombre. Un libro muy grande que tiene la mar de adivinanzas.*



—*¿En qué número vive usted, tío Cosme?*
 —*Hombre... no lo sé de seguro, porque si lo miro desde el balcón me paice el 6 y si lo miro erde la calle me paice el 9.*

Fot. - Tip. - Lit. del «Album Salón.»

**DISTILLERIA
DI LIQVORI**

AMARO FELSINA BUTON
ELIXIR COCA BUTON
PUNCH BUTON

GIO BUTON

& C^o

BOLOGNESE

PREM STAB. INT. OCASIA
DOTT. CHAPPUIS
VIA BOLOGNINA

PUNCH BUTON
BOLOGNA

AMARO FELSINA BUTON
ELIXIR COCA BUTON

GRAND PRIX UNICO ITALIA PER LIQVORI
ESPOS. PARIGI 1900

SERIE 2.^a

NÚM. 33